

LA VIOLENCIA COMO CLAVE IDENTITARIA DE LA MASCULINIDAD

Manuel Durán¹

Percibir la violencia en nuestras organizaciones sociales y dinámicas relacionales no es siempre tarea fácil, solemos pensar que la violencia es el acto físico que involucra sólo a quien la ejerce y a quien la recibe, excluyendo a quienes la observamos en forma pasiva y no nos percatamos de los signos de violencias que se filtran en muchas de nuestras acciones o estructuras institucionalizadas, como son los deportes, la educación, las relaciones de dominación familiar, laborales y de pareja. La violencia es una red que nos perjudica a todos de distintas formas donde las mujeres, niños, débiles y homosexuales se encuentran en el ámbito más vulnerable. Ciertamente el modelo patriarcal y heterosexista sitúa a los hombres heterosexuales en un sitio de privilegio excluyendo y subordinando al signo más visible de la feminidad, las mujeres, pero estas no son el único sujeto de la feminidad; muchas veces la violencia masculina afecta también a otros hombres que transitan por los márgenes como homosexuales, indígenas, pobres, débiles, enfermos, incapacitados físicos y mentales y niños. Por lo cual no sería correcto asumir las problemáticas de violencia y género en un diagrama binarista; hombres y mujeres, sino más bien como un crisol de distintas masculinidades y feminidades que se movilizan según roles, etnias, clase y deseo. De esta forma el género es el producto de todas estas categorías relacionales.

Comprendemos, en consecuencia, la masculinidad como un diagrama identitario diverso, cohesionado en base a un modelo hegemónico el que varía

¹ Académico Universidad de Chile.

culturalmente, aunque el discurso de dominación masculina asuma mecanismos deshistorizadores los modelos hegemónicos no son naturales. Comúnmente el discurso dominante justifica su dominación sobre la supuesta naturalidad de las estructuras de ordenación, de esta forma muchos hombres explican su agresividad debido a un exceso hormonal, las pulsiones y la testosterona nos tornaría presuntamente violentos, activos, sanguíneos² y dominantes. De esta forma la ordenación de la masculinidad se establece mediante una lucha constante de ajustes, donde ciertos grupos y modelos identitarios se arrojan la representación natural del género humano como centro neutro de todo el diagrama. En nuestra sociedad el hombre blanco, liberal, burgués y heterosexual no precisa de definición y, por ende, se mantiene en el cenit de la pirámide.

La violencia, como clave identitaria, cumple un rol fundamental en la construcción de este tipo de masculinidad, el cual no percibimos ya que se encuentra disimulado entre dinámicas de exclusión e instituciones normativas de control y dominio. La violencia institucionalizada es la más difícil de percibir y aceptar como un acto agresivo tan nocivo y culpable como un golpe.

Los hombres constituimos gran parte de nuestras dinámicas sobre estos signos de violencia institucionalizada y no los declaramos como tal, sino más bien como parte de la propia masculinidad, de esta forma aceptamos como normal la violencia en la educación, en la familia, en los sistemas de justicia y de gobierno y en muchos de los hábitos que asumimos como hombres. Uno de los

² Término derivado de la “Doctrina de los Cuatro Humores” y utilizado por Isidoro de Sevilla para denominar una de las cuatro categorías del temperamento humano en *De Natura Rerum*, el temperamento sanguíneo es el mejor de los cuatro temperamentos asociado al aire y la primavera los otros tres son Colérico asociado al fuego y al verano el flemático asociado al otoño y a la tierra y finalmente el melancólico asociado al invierno y al agua.

ámbitos comunes en que canalizamos este tipo de violencia y la encubrimos como un valor es en el ejército, donde la violencia máxima, representada por el asesinato, adquiere ribetes de heroísmo y patriotismo. Desde pequeños los hombres somos obligados a asumir la imagen del soldado en los discursos ideológicos, históricos y educativos, el guerrero y el conquistador se constituyen en el signo máximo de la masculinidad, valores como el coraje, la osadía y el paternalismo (defensa los débiles, es decir de la feminidad) se convierten en el soporte de la identidad masculina. La guerra, por ende, se constituye en un ámbito por esencia masculino, concebido como signo de revitalización y virilidad; en los albores de la Segunda Guerra Mundial después de casi un siglo de una estabilidad tensa en el continente europeo, los hombres y sobre todo los hombres jóvenes recibieron con entusiasmo los vientos bélicos en ambos bandos de las trincheras. La guerra era percibida como una pulsión que rejuvenecía a la Naciones. La relación establecida entre Patria/Nación y masculinidad no es fortuita, ya que ambas se establecen como instituciones masculinizantes. La Nación es concebida como un elemento masculino y que la feminización de ésta conduce al ocaso de una civilización.

En nuestra historiografía nacional la imagen del conquistador como forjador de una nueva Nación se plasma en la imagen de Pedro de Valdivia, en él se concentran los signos de un nuevo tipo héroe, el fundador de ciudades, fecundo y viril. La osadía viril se constituye en el signo más visible del honor masculino, así se evidencia en la misiva dirigida por Pedro de Valdivia al emperador Carlos V: "Sepa V. M. que cuando el Marqués don Francisco Pizarro me dio esta empresa, no había hombre que quisiese venir a esta tierra...". El

valor genera una violencia dirigida generalmente hacia otros, pero también hacia sí mismos, el soldado y conquistador deben estar dispuestos a dar su vida por su empresa heroica, así lo señala el Conquistador en la misma carta: "Los trabajos de la guerra, invictísimo César, puédenlos pasar los hombres, porque loor es al soldado morir peleando...".

Otro de los modelos de masculinidad canonizados por la historiografía tradicional es el mártir de guerra cuyo máximo exponente en el relato histórico nacional es Arturo Prat, en él se significa la violencia hacia sí mismo disimulada por los valores patrióticos masculinos. En una misiva escrita por Miguel Grau a Carmela Carvajal viuda de Prat se representa la imagen del mártir en los siguientes términos: "el Capitán de Fragata don Arturo Prat, Comandante de la "Esmeralda", fue, como usted no lo ignorará ya, víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su Patria" (Carta de Miguel Grau). El relato histórico realza la imagen del héroe y el mártir, como el símbolo idealizado de la masculinidad, sometiéndonos a un ideal difícil de alcanzar y, en consecuencia, generador de frustración.

Como no podemos practicar la guerra la mayor parte del tiempo jugamos a ésta, y lo hacemos en espacios de homo-sociedad. Nuestros amigos y camaradas se constituyen en los policías del género, fiscalizando nuestras conductas y nuestra identidad. El fútbol y los deportes competitivos son el ejemplo más patente, competimos en los campos deportivos como si estuviéramos en un campo de batalla y asimilamos muchos de los signos de guerra como juegos de masculinidad, de esta forma disimulamos una acción de

violencia evidente bajo un velo lúdico y formativo, es lo que algunos autores denominan como "Juegos de Guerra".

La imagen del soldado o el conquistador se instala en nuestro corpus de aprendizaje desde muy pequeños y durante toda nuestra vida nos esforzamos por demostrar nuestra masculinidad en un largo rito iniciático, donde la violencia se constituye en el factor de soporte. Michael Kaufman ha denominado a este proceso de aprendizaje como "la Triada de la Violencia de los Hombres", es decir no sólo la violencia de los hombres contra las mujeres, sino que vinculada: "...a la violencia de los hombres contra otros hombres y a la interiorización de la violencia..."³ este factor de violencia actúa como ordenador de las jerarquías simbólicas de la masculinidad. Connel señala: "La mayoría de los episodios de violencia mayor (combates militares, homicidios y asaltos armados) son transacciones entre hombres"⁴. Los ritos de iniciación masculina se ordenan del mismo modo, bajo esta perspectiva en las sociedades primigenias la iniciación masculina va relacionada con la transformación del niño en cazador o guerrero, de esta forma transitamos desde el gineceo materno hacia los espacios públicos y masculinos. Algunos sectores conservadores han promovido un retorno a los ritos tradicionales de la masculinidad, a manera de fortalecer la identidad masculina hegemónica que se considera en crisis producto de los movimientos gay y feministas. Autores como Moore y Gillette promueven el retorno hacia un tipo de masculinidad

³ Kaufman, Michael, "Las Siete P's de la Violencia de los Hombres", Traducción de Laura E. Asturias, 1999, pág.1.

⁴ Connel, Robert W. "la Organización Social de la Masculinidad". En: Valdés, Teresa y José Olavarría (edc.). Masculinidad/es: poder y crisis, Cap. 2, ISIS-FLACSO: Ediciones de las Mujeres N° 24, pp. 31-48. pág. 18.

esencialista, argumentando que las crisis en torno a la modernidad y la carencia de ritos de iniciación han mermado la identidad masculina tradicional⁵.

Pero lejos de favorecer la constitución de una identidad masculina equilibrada síquica y afectivamente, la violencia actúa como desestabilizador, generando en nosotros el síndrome del obsesivo: violentos, asilados, desconfiados, anulados emocionalmente y, por sobre todo, reproductores de violencia. Trizados en nuestra propia hombría debemos reforzar nuestra masculinidad con actos de violencia explícita hacia mujeres y homosexuales. Kimmel señala que la homofobia es parte de esta dinámica de afirmación de la masculinidad y el temor a ser quebrados en ella: "La homofobia –dice- es el miedo a que otros hombres nos desenmascaren, nos castren, nos revelen en nosotros mismos y al mundo que no alcanzamos los estándares, que no somos verdaderos hombres"⁶.

Es claro que la masculinidad detenta estos actos de violencia hacia lo femenino como una estrategia de mantener el control sobre éstas. La exclusión también es considerado un tipo de violencia estratégica, un ejemplo patente ocurre en el plano político calificado, por la propia masculinidad, como un ámbito de violencias, por lo que las mujeres deberían quedar excluidas dada su naturaleza débil y voluble, los hombres en cambio dotados de una supuesta fortaleza física y mental seríamos más aptos para afrontar estos peligrosos ámbitos, incluso muchas mujeres ilustradas asumen este discurso masculinista reproduciendo los

⁵ Moore, Robert. Gillette, Douglas "La Nueva Masculinidad. Rey, Guerrero, Mago y Amante: Redescubriendo los arquetipos de la masculinidad madura" Paidós, 1993.

⁶ Kimmel, Michael S. "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina". En Valdés, Teresa y José Olavarría (edc.). Masculinidad/es: poder y crisis, Cap. 3, ISIS-FLACSO: Ediciones de las Mujeres N° 24, pp 49-62. pág. 10.

mecanismos de exclusión; Clorinda Matto de Turner una eminente peruana del siglo XIX, se refería a esto bajo los siguientes términos: “La mujer ha nacido para madre y debe ser toda ternura y sentimientos, porque el código que la rige es el corazón. Por esto pido para el varón el bullicio de la política, donde todos se engañan unos a otros (...) y para la mujer el altar de la familia, donde ella atiza el fuego sagrado...”⁷.

No son ajenas para nosotros las innumerables descalificaciones que se establecen en los planos públicos a las mujeres que ejercen la política, denominándolas de volubles, carentes de liderazgo, o bien masculinizadas y contrarias a su naturaleza. Pero estos dichos no son más que una estrategia de exclusión, parte de la violencia institucionalizada que adopta matices de naturalidad con el fin de impedir su cuestionamiento.

Es claro que la violencia se constituye como una de las claves de la identidad masculina hegemónica; Michael Kaufman ha tipificado siete signos de la violencia masculina entre los más significativos están:

Poder patriarcal: que es comprendido como un ordenador social donde los hombres aprendemos a dominar a otros sujetos que visualizamos como inferiores dada su cercanía con la feminidad; mujeres, homosexuales, débiles, niños, indígenas, Kaufman señala a este respecto: “De hecho, las sociedades dominadas por hombres no se basan solamente en una jerarquía de hombres sobre las mujeres, sino de algunos hombres sobre otros hombres. La violencia

⁷ Clorinda Matto de Turner. *Luz entre sombras. Estudio filosófico-moral para las Madres de Familia en el Perú Ilustrado*, N° 81, Lima enero de 1889, p. 814. en Margarita Zegara. *Mujeres y género en la historia del Perú*, ed. Margarita Zegara. Lima: CENDOC-Mujer, 1999.

o la amenaza de violencia entre hombres es un mecanismo utilizado desde la niñez para establecer ese orden jerárquico”⁸.

Este tipo de violencia tiende a institucionalizarse, introyectándose en las dinámicas relacionales entre los individuos. Los dominadores someten a un circuito constante de violencia a los subordinados, los que la aceptan y muchas veces la justifican, Bourdieu señala que este tipo de violencia se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (por consiguiente, a la dominación)⁹. Esta forma de violencia sutil, no por su alcance que es más profundo muchas veces que otros tipos de violencia, sino por su imperceptibilidad es denominada por Pierre Bourdieu como “Violencia Simbólica”, la cual define como: “Violencia amortiguada, insensible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, en último término, del sentimiento”. La violencia se institucionaliza desde esta perspectiva porque actúa, para ciertos grupos de poder, como un dispositivo de control, Kaufman señala a este respecto: “La violencia también es tejida en estas ideologías y estructuras por la sencilla razón de que les ha representado enormes beneficios a grupos particulares”¹⁰. Desde un análisis de género estos grupos son representados por los ámbitos de la masculinidad en su más amplio sentido, ciertamente hombres, pero también grupos de poder que detentan el control sobre otros individuos como la burguesía, el hombre occidental y el heterosexismo.

⁸ Kaufman, Michael, “Las Siete P’s de la Violencia de los Hombres”, op. cit., pág.1.

⁹ Bourdieu, Pierre. *La Dominación Masculina*. Ed. Anagrama, Barcelona, 2000, P. 51.

¹⁰ Kaufman, Michael, “Las Siete P’s de la Violencia de los Hombres”, op. cit., pág. 2.

El segundo signo de la violencia masculina es “La percepción de derecho a los privilegios: Según Kaufman señala los hombres no aspiramos al poder porque nos encontremos conscientes de éste, sino más bien porque percibimos los privilegios que se derivan de esta apropiación.

El permiso social concedido a las estructuras de poder y violencia ejercida por los hombres en la relaciones de género y deseo, es asumido como otra de las formas de violencia, ésta es comprendida como la autorización social tácita o manifiesta de la violencia masculina, la que no sólo es permitida, sino también reproducida por toda una estructura institucional creada para su justificación, es decir leyes, costumbres, preceptos religiosos, etc.

La Frustración ante la Masculinidad hegemónica también es comprendida como una forma de violencia que afecta tanto a hombres y mujeres, los modelos hegemónicos masculinos y femeninos establecen imaginarios de género difíciles de alcanzar generando frustración y duros castigos ante el fracaso; la acumulación de frustración y castigos genera más violencia, que reproducimos particularmente los hombres con todo lo que consideramos femenino, incluso dentro de la homo erótica concebimos lo femenino como signo de lo abyecto, la loca y lo pasivo son símbolos claros del desprecio de lo femenino por lo femenino. Didier Eribon en su obra “Reflexiones sobre la Cuestión Gay” aborda esta problemática planteando la siguiente pregunta: “¿porqué extraños mecanismos de la conciencia o del inconsciente un homosexual se ve impelido a asociarse con otros miembros de la tribu (...) a la par que pasa una buena parte de su tiempo denigrándolos y considerando

detestables, hasta repugnantes, a los que encarnan otras maneras de vivir la homosexualidad?"¹¹.

Es necesario precisar que esta violencia hacia lo que uno representa o forma parte no nace desde la marginalidad, ni lo abyecto, sino desde el centro del diagrama; tal como David Halperin señala la identidad gay, que se ha esforzado por mantener un amarre con la masculinidad hegemónica mediante el aprecio de ciertos signos de prestigio concebidos como masculinos, se ha constituido desde el propio discurso heterosexista, es decir, la heteronormatividad y gaydad son dos cara de una misma moneda¹². Del mismo modo los modelos hegemónicos femeninos son producidos, en palabras de Bourdieu, desde "la dominación masculina". Lo paradójico de estas dinámicas es que muchas veces quienes nos situamos en el margen del Sistema lo reproducimos asumiendo las claves identitarias de los dominadores, de esta forma quienes transitamos por lo femenino y la homoerótica asumimos modelos coercitivos a falta de otras herramientas identitarias disponibles.

La identidad gay masculina es un claro ejemplo de esto, constituidos desde los márgenes de la masculinidad, nos apropiamos de los elementos que el mismo sistema hegemónico nos entrega, nuestros movimientos, aspiraciones y apreciación propia y de los otros las hacemos desde la orilla que se nos ha impuesto, ser gay, en consecuencia, es posicionarse en un espacio determinado dentro de un sistema de ordenación establecido, no por nosotros, sino más bien por el discurso dominante. Didier Eribon señala que la identidad homosexual nace justamente desde la "injuria", asumiendo y aceptando la violencia ejercida

¹¹ Eribon, Didier, "Reflexiones sobre la Cuestión Gay" Anagrama, Barcelona 2001, pág. 11.

¹² Halperin, David, "San Foucault".

por el modelo masculinista y heterosexista, dice: "Pero no es menos cierto que existe un tipo particular de violencia simbólica que se ejerce sobre quienes aman al mismo sexo que el suyo, y que los esquemas de percepción, las estructuras mentales que subyacen a esta violencia, sin duda basada en gran medida en la visión androcéntrica del mundo, son más o menos las mismas en todas partes, al menos en el mundo occidental, y lo han sido como mínimo durante el siglo y medio que acaba de transcurrir"¹³. Los insultos que proferimos a quienes se distancian de la normalización (maricones, putas, locas) es una forma de ordenación social mediante el ejercicio de la violencia, posicionando ciertos sujetos en roles y espacios determinados. La constitución de un sujeto abyecto confirma el modelo ejemplar o hegemónico, de esta forma la imagen de "la loca" reafirma su contrapartida "el macho".

La gaydad es un escape a esta forma de marginación distanciándose de la imagen de la loca y negociando con los signos de la masculinidad, siendo tolerados por el discurso hegemónico en ciertos ámbitos y posiciones que no pongan en peligro el equilibrio del sistema patriarcal heterosexista. Pero como ya he señalado esta vía alternativa de masculinidad no es más que otra asociación al modelo hegemónico. Es usual escuchar los comentarios de personas que se declaran tolerantes ante la diversidad sexual, específicamente gay, pero que no aceptan otras formas de feminidad y masculinidad como transgéneros, incluso homosexuales muy femeninos o "locas". Estas posturas se encuentran muy arraigadas, incluso, dentro de la homoerótica.

¹³ Eribon, Didier, "Reflexiones sobre la Cuestión Gay" op. cit., págs. 17-18.

* A manera de conclusión quisiera señalar que la visión binarista hombre/mujer; heterosexual/ homosexual ahonda nuestras diferencias en campos de exclusión y violencia, la masculinidad se concibe bajo un discurso de hegemonía como mandato. Es por ello, que una nueva política identitaria enunciada desde la diversidad, como las políticas *queer* o el feminismo por las diferencias, podría conceder grandes logros no sólo a los hombres, sino a todo el Sistema. Michel Foucault señalaba esto con respecto a constituir una nueva ética de la sexualidad: “¿No habría que introducir una diversificación distinta de las que se debe a las clases sociales, a las diferencias de profesiones, a los niveles culturales, una diversificación que sería también una forma de relación, el ‘modo de vida’?”¹⁴. La flexibilidad de éste sistema identitario depende de una proliferación de espacios de tránsito. Ciertamente no es tarea fácil, tal como señala Foucault, debemos generar resistencias estratégicas, desarticulando ciertos mensajes con carácter de verdad que amparan y justifican la violencia masculina, evidenciando los mecanismos de dominación y re-significando el cuerpo y el lenguaje. Es necesario tal como lo han hecho ya muchas mujeres constituir una nueva política de las masculinidades basadas en la diversidad de roles y espacios.

Sara Miles disco de Bob Ostertag:

“la primera vez que alguien me llamó “marica” y comprendí que era yo (...), el mundo se reveló brutalmente con esa simple palabra que brota de la frase como una explosión, algo malo que hice, algo que no debería ser “marica””.

¹⁴ Foucault, Michel. De “L’amité comme mode de vie” pág. 165.